

LA SITUACION ECONOMICA DE NAVARRA EN 1990

José Antonio ASIAIN AYALA

I. INTRODUCCION

Centraré mi intervención en la evolución de la economía de Navarra a lo largo de 1990 y en sus perspectivas de futuro. Evolución y perspectivas que, obviamente, están estrechamente ligadas a las de la economía española y a las del ámbito internacional en el que ésta se inserta.

Por eso, y al igual que ha sucedido en el conjunto de la economía nacional, la principal característica de la evolución de la economía navarra a lo largo de 1990 está siendo la confirmación de los síntomas de desaceleración que empezaron a apuntar en el segundo semestre de 1989, y que se han visto notablemente acentuados tras el estallido de la denominada crisis del Golfo Pérsico.

Así, los indicadores disponibles ponen de manifiesto que en la Comunidad Foral, la demanda interna, principal impulsora de la etapa expansiva iniciada en 1985, está experimentando durante este año una reducción significativa de su ritmo de crecimiento, que hubiese sido más intensa de no haberse compensado la disminución de la inversión y del consumo privados con el incremento de la inversión pública y, en menor medida, del consumo público.

En lo que se refiere al *consumo privado*, la práctica totalidad de los indicadores muestran una desaceleración en su crecimiento, atribuible a las restricciones crediticias y a la moderación del ritmo de creación de empleo. La *Encuesta de Coyuntura Industrial de Navarra* muestra, por ejemplo, que en el primer semestre de 1990 las empresas fabricantes de bienes de consumo han visto disminuir sus carteras de pedidos y el grado de utilización de su capacidad productiva, y han aumentado sus *stocks* de productos terminados. En similar sentido apunta la evolución de la tasa de crecimiento

interanual de los créditos concedidos por las entidades pertenecientes a la Federación Navarra de Cajas de Ahorros para la adquisición de bienes de consumo duradero, que, en el primer semestre de 1990, se situaba en el 7,4 por 100, 4,9 puntos por debajo de la tasa de crecimiento interanual correspondiente al mismo período de 1989. Y significativa resulta también la disminución del 4,3 por 100 experimentada por la matriculación de automóviles de turismo en los nueve primeros meses de 1990.

Esta desaceleración del consumo privado contrasta con la expansiva evolución del *consumo público*. En el período comprendido entre el 1 de enero y el 31 de octubre de 1990, la ejecución de los capítulos 1 y 2 de los Presupuestos Generales de Navarra se cifraba en 25.598,3 millones de pesetas, con un crecimiento del 17,5 por 100 respecto a igual período de 1989. Más dinámica todavía ha sido la evolución del consumo público de las corporaciones locales, habida cuenta de que en dicho período las transferencias corrientes que ha realizado el Gobierno de Navarra a estas administraciones para financiar sus gastos de consumo sumaban 9.346,7 millones de pesetas, superando en un 22,4 por 100 a las realizadas en el mismo período de 1989.

En cuanto a la *inversión privada*, todos los indicadores confirman una clara contracción del comportamiento expansivo que la ha caracterizado en los últimos años. Múltiples factores han influido sobre este componente de la demanda, entre los que cabe hacer mención del encarecimiento y racionamiento del crédito, y de un mercado de capitales estrecho e inestable que ha dificultado la obtención de recursos.

Así, por ejemplo, el importe de los créditos otorgados al sector privado por las entidades integrantes de la Federación Navarra de Cajas de Ahorro

para la financiación de actividades productivas experimentaba, a finales de junio de 1990, una disminución del 10,1 por 100 respecto a la misma fecha del año anterior.

Por su parte, la *Encuesta de Coyuntura Industrial de Navarra* pone de manifiesto que en el primer semestre de 1990 las industrias productoras de bienes de inversión han visto reducidas sus carteras de pedidos, han disminuido el grado de utilización de su capacidad productiva y han aumentado sus *stocks* de productos terminados.

Como ya he dicho anteriormente, la expansiva evolución de la *inversión pública* regional, cuyo principal agente es el Gobierno de Navarra, ha venido a compensar parcialmente la desaceleración experimentada por la inversión y el consumo privados.

A 31 de octubre de 1990, las inversiones reales efectuadas con cargo a los Presupuestos Generales de Navarra ascendían a 18.376,9 millones pesetas, con un crecimiento respecto a la misma fecha del año anterior del 123,4 por 100, que fundamentalmente es debido a la ejecución de las obras de infraestructura previstas en el Programa de Inversiones Públicas aprobado por el Gobierno de Navarra para el trienio 1989-1991.

Idéntico sentido expansivo, aunque con mucha menor importancia cuantitativa, muestran las inversiones reales de las corporaciones locales, cuya evolución puede estimarse a través de las transferencias de capital que, para financiar tales inversiones, perciben dichas entidades con cargo a los Presupuestos Generales de Navarra. Pues bien, según las previsiones del Departamento de Administración Local, dichas transferencias se situarán a finales de 1990 en torno a los 9.800 millones de pesetas, con un crecimiento, respecto a 1989, del 14 por 100.

Tras el análisis de la evolución de los distintos componentes de la demanda interna regional, me referiré brevemente a continuación a nuestra demanda externa, en la que también se aprecian evidentes signos de desaceleración.

Baste señalar, a este respecto, que las *exportaciones* realizadas desde Navarra en el primer semestre de 1990 ascienden a 95.394 millones de pesetas, con un crecimiento en términos monetarios del 11,1 por 100, notablemente inferior al 23,4 por 100 alcanzado en el año anterior.

En el ámbito de la *oferta*, los indicadores disponibles muestran una evolución desigual de la producción de los diferentes sectores.

Así, en el *sector agrario*, se aprecian importantes incrementos de los bajos niveles de producción que, como consecuencia de la sequía, se alcanzaron en 1989.

En el *sector industrial*, las opiniones empresariales expresadas en la *Encuesta de Coyuntura* ponen de relieve, como antes he señalado, un descenso de las carteras de pedidos y del grado de utilización de la capacidad productiva instalada, y un aumento de las existencias de productos terminados. En la misma dirección contractiva apunta un indicador tan significativo como el consumo de energía eléctrica, que en el período enero-agosto de 1990 ha sufrido una disminución de 5,3 por 100.

La desaceleración de la actividad productiva no ha afectado, sin embargo, al *sector de la construcción*, que continúa siendo el sector más dinámico de la economía regional. La notable demanda de viviendas y el fuerte impulso experimentado por las obras públicas han hecho posible que en el período enero-mayo de 1990 el consumo de cemento creciera un 22,4 por 100; que en el primer semestre del mismo año el empleo medio del sector se incrementara en un 10,1 por 100 y la licitación oficial en un 56,8 por 100, y que el número de viviendas proyectadas hasta el 30 de septiembre hubiera aumentado un 12,9 por 100.

Los indicadores de la actividad del *sector servicios* ponen de relieve un significativo crecimiento de la producción que no alcanza, sin embargo, los niveles de 1989. Así, en el primer semestre de 1990 el empleo medio del sector ha crecido un 4,1 por 100, mientras que en el mismo período de 1989 creció un 6,3 por 100.

Los indicadores de producción de los distintos sectores apuntan, pues, hacia una disminución significativa del ritmo de crecimiento de la producción regional global, que viene motivada por la desaceleración de la demanda a la que ya me he referido antes y por la mayor competencia exterior, de la que es buena muestra el crecimiento del 36,3 por 100 experimentado por nuestras *importaciones* en el primer semestre de 1990.

En cuanto a los *precios*, hay que señalar que, a finales del pasado mes de septiembre, el IPC acumulado en el transcurso del año experimentaba un crecimiento del 6,7 por 100, 1,2 puntos superior a la tasa nacional. En esa misma fecha, el crecimiento correspondiente a los doce últimos meses era del 6,7 por 100, dos décimas superior a la tasa nacional. Ello pone de manifiesto las dificultades con que se encuentra nuestra economía para moderar el crecimiento de los precios, ya que a los notables aumentos de los costes laborales de la

producción hay que añadir los de los costes energéticos derivados del conflicto del Golfo Pérsico.

La evolución del *mercado de trabajo* durante el primer semestre de 1990 presenta un perfil positivo si se compara con la situación existente en el mismo período del año anterior.

En lo que se refiere a la *oferta de trabajo*, la EPA correspondiente al segundo trimestre cifraba la población activa de Navarra en 201.000 personas, 300 menos que en el mismo período del año anterior. Esta disminución del 0,15 por 100 contrasta significativamente con el aumento del 4,2 por 100 correspondiente al mismo período de 1989.

Respecto a la *demanda de trabajo*, la citada EPA situaba el número de ocupados de nuestra Comunidad en 179.100 personas, 800 más que en el mismo período del año anterior. En términos relativos, ello representa un incremento del 0,45 por 100, muy inferior al 7,2 por 100 del mismo período de 1989.

Este ligero incremento del empleo y la pequeña reducción de la población activa, que antes he mencionado, han permitido una disminución de 1.100 personas en el *número de parados* estimados por la EPA en el segundo trimestre de 1990.

Según esta fuente de información, el número total de parados se sitúa en 21.900 personas, con un descenso del 4,8 por 100 en relación con el mismo período del año anterior. Esta evolución sitúa nuestra tasa de paro en el 10,9 por 100, siendo la tasa nacional el 16,3 por 100.

Las cifras del paro registrado en el INEM muestran una evolución similar, con una disminución, a finales del pasado mes de septiembre, del 3,7 por 100, que sitúa el número de parados registrados en 28.303 personas.

Los datos relativos al mercado de trabajo, aun siendo en sí mismos positivos, han venido, por tanto, a acusar la desaceleración que se ha producido, tanto en el ámbito de la demanda como en el de la oferta.

Y si además se tiene en cuenta que en el primer semestre de 1990 el *aumento salarial* medio pactado en convenios se sitúa en un 8 por 100, 2,2 puntos por encima del registrado en el mismo período de 1989, es fácil concluir que, en un contexto de desaceleración de la actividad económica, esta aceleración del ritmo de crecimiento de los salarios puede acabar provocando un ajuste de las rentas por la vía de la disminución del empleo.

Los datos que he expuesto hasta aquí permiten concluir que durante 1990 la evolución de la economía navarra se ha caracterizado por una desaceleración de las tasas de crecimiento de la producción, de la demanda y del empleo alcanzadas en los últimos años, que sin embargo no ha impedido reducir ligeramente el paro y mejorar considerablemente nuestras infraestructuras básicas y nuestros servicios públicos.

El signo de esta evolución es coincidente con el que se observa en el conjunto de la economía española, y análogas son también las perspectivas de futuro.

Estamos en un momento en el que la desaceleración de la demanda interna, motor del crecimiento de los últimos años, es ya una realidad. Los moderados avances que esta desaceleración había permitido obtener en el ámbito de la inflación y de la balanza de pagos por cuenta corriente se han visto amenazados por las crisis energética ocasionada por el conflicto del Golfo Pérsico.

En esta ocasión, no podemos reiterar los errores cometidos en las anteriores crisis energéticas, en las que se trató de compensar la pérdida de renta nacional, derivada del empeoramiento que en nuestra relación real de intercambio produjo el encarecimiento del petróleo, con políticas expansivas que originaron una inflación galopante, un insostenible déficit exterior, una drástica caída de la inversión y un dramático aumento del paro.

La corrección de nuestros desequilibrios básicos es, pues, irrenunciable, y ello exige mantener políticas moderadamente restrictivas de la demanda e instrumentar políticas de oferta que incrementen la competitividad de nuestra economía y que permitan afrontar la entrada en vigor del mercado único, así como aprovechar las oportunidades que éste puede ofrecernos.

A la consecución de este objetivo puede contribuir positivamente un ajuste de rentas solidario, a través de un pacto social en el que salarios y beneficios se ajusten a las ganancias de productividad y a la disminución de la renta nacional derivada de la evolución de los precios del petróleo.

Sólo así será posible corregir los desequilibrios básicos de nuestra economía, y conducirla por la vía de un crecimiento estable y duradero que permita aproximar nuestros niveles de progreso económico y de bienestar social a los de los países más avanzados de nuestro entorno.